

Tres Sanchos del siglo XXI en novelas de Andrés Trapiello, Amando de Miguel y Salman Rushdie

Marco Kunz
(Université de Lausanne)

Cuando, tras dejar bien enterrado a don Alonso Quijano, el prudentísimo Cide Hamete Benengeli cuelga su pluma para impedir que algún “escritor fingido y tordesillesco” se atreva a continuar “las hazañas de [su] valeroso caballero (Cervantes, 1223),” el historiador árabe intenta con este acto autoritario cerrar una posibilidad que el aludido impostor, el sabio Alisolán alias Alonso Fernández de Avellaneda, dejó abierta al anunciar, en las líneas finales de su segunda parte alógrafa del *Quijote*, que “no faltará mejor pluma que [...] celebre (464)” las aventuras del caballero andante que él dejó en el tintero, es decir, las andanzas de don Quijote por los campos de “Salamanca, Ávila y Valladolid (463).” Disputándose la autoría de la historia verdadera del héroe epónimo, los dos rivales prescinden por completo de su fiel acompañante: el don Quijote de Avellaneda sigue su camino “sin escudero (463)” y la pluma de Cide Hamete afirma solemnemente “[p]ara mí sola nació don Quijote, y yo para él (Cervantes, 1223),” como si Sancho Panza no fuera más que un personaje secundario que desprovisto de su amo pierde todo interés. Sin duda, don Quijote habría podido existir sin Sancho Panza, pero ¿habría llegado más allá de la primera salida sin interlocutor que le escucha y cuestiona? Ciertamente, Sancho no sería nadie si su noble vecino no lo hubiera elegido como escudero, pero desempeñando el papel asignado aprendió a lucir por sus propios méritos. Y una vez desaparecido el protagonista incontestable del *Quijote* original, la atención de los lectores puede concentrarse en los demás personajes, supervivientes del desenlace cervantino, algunos de ellos muy poco desarrollados (como, p. ej., Dulcinea) y, por consiguiente, con mucho potencial para rescates póstumos (es decir, posteriores a la muerte tanto de Alonso Quijano como de su autor). ¿Y quién merecería más homenajes literarios que Sancho Panza, el labrador redimido de su insignificancia y elevado a la celebridad épica por la venia de un hidalgo loco y un escritor manco, el fiel criado y amigo que quedó “dolorido y sumamente pesaroso con la pérdida de su señor tan amado (Gatell, s.p.)?” Curar a Sancho de su depresión y concederle una existencia más allá del “Vale” de Cide Hamete, ya que “después del llanto vendrá la risa (Gatell, s.p.),” se propuso Pedro Gatell en su *Historia del más famoso escudero Sancho Panza, desde la gloriosa muerte de D. Quijote de la Mancha hasta el último día y postrera hora de su vida* (1793), preguntándose por qué Benengeli renunció a escribir qué fue de Sancho sin Quijote:

Si consideró á Sancho acreedor á que fuese atendido de todas las gentes como un segundo héroe de su Historia ¿por qué se había de contentar con publicar sus hechos, sus dichos, y sus refranes solo hasta la muerte de aquel? ¿A qué fué dexar de remitir á la posteridad más remota la vida exemplar que haría Sancho lleno de las sabias máximas de su señor? No podía ignorar la memorable conducta de este, como supo tan por menor las hazañas del Caballero de la Triste Figura, de los Leones, Cuevas de Montesinos, y demas dictados. (Gatell, 4)

De remediar tal omisión e injusticia se encargaron los autores de las diversas terceras partes del *Quijote* que, como el citado Gatell o Jacinto María Delgado,¹ en sus *Adiciones a la historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha en que se prosiguen los sucesos ocurridos a su*

¹ Sobre la obra de Gatell, véase Toledano Molina 1990, sobre las *Adiciones* de Delgado, véanse Mancing 1987 y Toledano Molina 1993.

escudero el famoso Sancho Panza, se aprovecharon del segundo protagonista de la novela² cervantina para autorizarse a descolgar la pluma (Gatell, 5) o hacer que la descolgara el mismo Cide Hamete (Delgado, 29) y seguir contando, tras la muerte del amo,

la historia del escudero Sancho Panza, lustre y blasón de su patria, y digno por sus buenos servicios y famosos hechos, de que no quedase al olvido este segundo héroe, de cuyo calibre, como del de su señor, se hallan muy pocos en el dilatado ámbito de la tierra: no quiero decir que en todas no se halle abundante número de Quijotes y Sanchos, que el pensarlo sería mucho agravio; sino que de aquel calibre de valor en el uno y entendimiento en el otro, con dificultad se hallarán. (Delgado, 29)

Delgado señala aquí las dos tradiciones hipertextuales (en el sentido de Gérard Genette, es decir, textos construidos, por imitación o transformación, sobre el modelo de otros textos) que parten del *Quijote* cervantino: por un lado, las ya mencionadas continuaciones o *forgeries* que imitan la ficción original añadiendo más aventuras del mismo “segundo héroe” o deuteragonista, aunque éste se multiplique en una serie de avatares incompatibles entre ellos, pero autónomos en sus diégesis respectivas (es decir, cada uno de los Sanchos de Avellaneda, Gatell, Delgado, etc., es el mismo individuo que en la novela de Cervantes, pero lo es en otra ficción, cual versión alternativa de un solo personaje que tiene múltiples vidas en libros distintos); por otro, las transposiciones (i. e. transformaciones serias) en las que un personaje, genuinamente diferente del Sancho primigenio (p. ej. nacido en otra época y/u otro país), cumple funciones semejantes como acompañante de un protagonista quijotesco y, facultativamente, se llama también Sancho: es, pues, uno más del “abundante número de Sanchos”.³ Ahora bien, mientras que lo que define a los Quijotes es haberse vuelto locos por el consumo excesivo de ficciones (o por una idea obsesiva, un ideal hipertrofiado, una ideología aberrante, etc.), lo que convierte un personaje en Sancho es ser o haber sido compañero de un Quijote: puede haber Quijotes sin Sancho, pero no Sanchos sin Quijote. De ahí las dos categorías de Sanchos en la literatura quijotesca: los que han perdido a su Quijote y los que lo han encontrado (o fueron encontrados por él).

² Por supuesto no usamos aquí *novela* en el sentido que tenía la palabra en la España del siglo XVII, sino tal como hoy se entiende, a fin de situar la obra maestra de Cervantes en el mismo género literario cuya evolución le debe tanto a ella y al que pertenecen, sin la menor duda, los textos que comentamos en este artículo.

³ Bien mirado, la idea de que podría haber más de un Sancho ya está en la segunda parte del *Quijote*: no en la de Avellaneda, sino en la de Cervantes. Genette menciona la obra de Avellaneda, “allographe et fort abusive (229),” como un caso de *forgerie* (i. e. imitación seria) que, como bien se sabe, influyó directamente en la segunda parte de Cervantes, y la califica de “plus imitative que continuatrice: le pasticheur intimidé (quoique impudent) croit devoir constamment tremper sa plume dans l'encrier de sa victime (il ne saurait sans doute la tremper ailleurs), et répéter *ad nauseam* sa manière et ses procédés (330).” De hecho, Avellaneda no hizo más que presentar a un Quijote y un Sancho únicos que, en su ficción, son presuntamente idénticos a los de Cervantes, mientras que éste, en vez de simplemente llamar mentiroso a su rival, tuvo la genialidad de admitir la existencia de dos Quijotes y dos Sanchos, es decir, los suyos, auténticos, y los de Avellaneda, reales en cuanto personajes que viven en el mismo mundo (son, pues, isodieéticos respecto a sus modelos) —de lo que da testimonio don Álvaro Tarfe—, pero impostores que actúan con falsa identidad. Podemos concluir que el ‘verdadero’ Sancho de Avellaneda es el primer avatar alógráfico del Sancho cervantino (i. e. una versión alternativa del mismo personaje, como lo serán los de Gatell, Delgado y Trapiello), mientras que el falso Sancho avellanesco, mencionado en la segunda parte de Cervantes, sería, en germen, el primer personaje sanchesco en cuanto individuo claramente diferente del Sancho original, pero que desempeña un papel análogo. Con otras palabras: la tradición continuadora, sin duda menos original, empieza con Avellaneda, mientras que la línea recreadora —la multiplicación de los Quijotes y Sanchos en circunstancias, épocas y/o lugares diferentes— se inicia con el desdoblamiento de los caracteres en el *Quijote* cervantino.

Frecuentes en las recreaciones cervantinas a lo largo de los siglos,⁴ seguimos hallando ambos tipos de Sanchos en novelas publicadas a principios del siglo XXI: mientras que el Sancho Panza en *Al morir don Quijote* (2004) y *El final de Sancho Panza y otras suertes* (2014) de Andrés Trapiello prolonga la vida del personaje de Cervantes, el Sancho Gaona de *Don Quijote en la España de la reina Letizia* (2016) de Amando de Miguel pretende descender en línea directa del Sancho real, y el Sancho Smile de *Quichotte* (2019) de Salman Rushdie es el hijo imaginario de un inmigrante indio en los Estados Unidos gobernados por Donald Trump. Veamos pues en qué se parecen a su ilustre modelo y cómo se distinguen de él estos tres Sanchos: el supuestamente idéntico en la continuación de Trapiello (Sancho del siglo XVII recreado por un escritor del XXI), el pariente consanguíneo moderno en la sátira de Amando de Miguel (hombre de hoy que se encuentra con el Alonso Quijano barroco, trasladado por magia a la actualidad) y el vástago, nacido por parto mental, de un pseudo-Quijote poscolonial en la más reciente novela de Rushdie.

Sancho Panza, lector del *Quijote*

Entre las muchas diferencias que distinguen a Sancho Panza de don Quijote, el analfabetismo, consecuencia de su condición social, crea entre los dos una distancia y un desnivel cultural que le permiten al amo, enloquecido por un exceso de lectura –o, mejor dicho, por su manera inapropiada de leer textos de ficción como si fueran relatos verdaderos y querer imitar a los héroes–, aleccionar al escudero sobre la literatura, hablándole de todo un mundo encerrado en los libros al que el pastor no tiene acceso ni nunca lo tendrá en el universo narrativo de Cervantes. Sancho lo dice bien claro: “no sé leer ni escribir (Cervantes, 976).” No obstante, las pláticas con el Caballero de la Triste Figura dejan huellas en la mente de Sancho, por lo que algunos continuadores del *Quijote*, aunque no renuncien a tratarlo como objeto de burla de los duques y otros bromistas, lo presentan como un individuo más instruido que en el original; así Pedro Gatell al convertirlo en alcalde de su pueblo, papel en que, “olvidada su proverbial incultura libresca y sus prevaricaciones idiomáticas, habla y actúa con una corrección y un tino envidiables, sin que el hecho de no saber leer influya para nada en que dicte unas constituciones que regulan la enseñanza en el pueblo (Toledano Molina 1990, 230).” Más aún, Gatell explica cómo es posible que, siendo iletrado, componga poesías, pues “no hay que extrañar que Sancho haga versos sin leer ni escribir, por la frecuencia con que se los oía a Don Quijote (Gatell, s.p.).” Cabe, sin embargo, dudar de que esta experiencia baste para redactar el poema en versos de cabo roto que Cervantes antepuso a la primera parte del *Quijote*, donde el yo lírico se presenta como “Soy Sancho Panza, escude-/ del manchego don Quijo-” y comenta un pasaje de la *Celestina*, con lo que

la imagen del Sancho paratextual es la de un lector de uno de los libros más populares de la época y no la de un analfabeta; y, por si fuera poco, no solo lee, sino que memoriza palabras de personajes siniestros como Sempronio, uno de los criados más desleales de la literatura española, es decir, un anti-Sancho Panza. (Ramírez Santacruz, 87)

Como señala aquí Francisco Ramírez Santacruz, la idea de un Sancho lector ya se encuentra, en germen, en el *Quijote* cervantino, aunque no en la narración propiamente dicha, sino en uno de los poemas preliminares. Tuvieron que pasar un par de siglos después de la obra de Gatell hasta que finalmente Andrés Trapiello redimiera a Sancho del analfabetismo en sus tercera (*Al morir don Quijote*, 2004) y cuarta (*El final de Sancho Panza y otras suertes*, 2014) partes, novelas cuya relación transtextual con el original puede definirse como “continuaciones [...] ortodoxas y

⁴ Véanse las amplias bibliografías de recreaciones cervantinas hispánicas en López Navía 2013 y de la variopinta descendencia literaria de Sancho Panza en Flores 1982.

conservadoras (López Navía 2015, 57)” o, en términos de Genette, como *forgeries* (Fuentes Chaves, 121). La crítica ya ha destacado que en *Al morir don Quijote*, Sancho “prosigue con el proceso de qui jotización [...]. En la novela de Trapiello ya no hay ningún rasgo de la rudeza, la imprudencia, la vulgaridad, la incultura, la cobardía o la rusticidad de Sancho, la ‘quijotización’ lo ha transformado de un rústico campesino al umbral de un hombre juicioso y sensato (Sánchez Dueñas, 312);” o, en palabras de López Navía, se convierte en un Sancho “significativamente letrado (2015, 56).” La lectura le servirá de consuelo para superar el duelo por la muerte de su amo y amigo, de apoyo mnemotécnico para evocar el pasado vivido en su compañía y de espejo para conocerse mejor y comprender de manera distinta su propia historia contada en un libro famoso del que habla todo el mundo, pero que a él, uno de sus protagonistas, le queda vedado. Del deseo de reforzar la memoria nace su firme resolución de aprender a leer, y le ruega al bachiller Sansón Carrasco que se lo enseñe:

En breves palabras le expuso Sancho que venía pensando desde la muerte de su amo que la única manera de recordarlo, sería, para cuando le flojeara la memoria, leer en el libro donde se recogían sus comunes andanzas, y en el que, según le confirmó el propio Carrasco, debería estar ya impreso en ese momento. (Trapiello 2004, 251)

Para quien nunca ha mostrado interés por la lectura y se ha contentado con confiar en su buena memoria y la sabiduría de sus refranes, la alfabetización conllevará cambios profundos, con consecuencias de las que Sancho no parece muy consciente, pero también corresponde a una carencia que ha ido creciendo, ya que desde el entierro de don Quijote, ya no es el mismo; o tal vez sea más exacto decir que, muerto Alonso Quijano, se da cuenta de cuánto sus aventuras comunes han influenciado en su carácter y han hecho crecer su autoestima, tanto que ya no soportaría volver a la trivialidad de su vida rutinaria, carente de alicientes después de lo que vivió al lado del caballero andante.

El primer cambio será social pues saber leer lo distinguirá de los demás aldeanos, idea que no le gusta ni a su mujer, que está “sin hablarle mientras duraron aquellas lecciones (Trapiello 2004, 252),” ni a sus hijos, que lloran desesperadamente cuando lo ven concentrado en el esfuerzo de deletrear, ni tampoco a los vecinos, que empiezan a murmurar “tildándolo de pedante y culterano (252).” Sancho, en cambio, no cree que la lectura afecte a sus relaciones con su familia y los demás habitantes del pueblo –“vulgo nací y vulgo moriré, porque ésta es mi condición (253)”–, aunque admite que se dio cuenta de las ventajas y, por consiguiente, las posibilidades de subir en la jerarquía, que lleva consigo –“ya don Quijote me dijo que el no saber leer y escribir parecía mal en quien iba a ser gobernador (256)”– y que la incultura constituye un gran inconveniente: “vi por mis propios ojos cómo no sabiendo leer, todos pueden engañarte (256).” Escribir le interesa menos, “como no sea que me enseñe a hacer mi firma (257),”⁵ y se imagina ingenuamente que las dos competencias se adquieren por separado. Saber escribir se le antoja menos útil y, sobre todo, más peligroso porque, mientras que la lectura abre la puerta a todo el conocimiento de la humanidad, la escritura hace posible la redacción de textos nocivos: “cuando fui gobernador comprendí bien a las claras que no debería estarle permitido a nadie salir de la puericia sin saber leer, pues no se basta un hombre para saberlo todo, sino que todo lo sabemos entre todos, y sí en cambio debería estarles a muchos prohibido el escribir (258),” entre otras razones “porque con malos libros echan a perder buenas y notables cabezas como la de mi amo (258).”

⁵ Esto ya no será necesario, pues dice el mismo Sancho, en el capítulo 43 de la segunda parte de 1615: “Bien sé firmar mi nombre –respondió Sancho–, que cuando fui prioste en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre (Cervantes, 976).”

El segundo cambio será más íntimo y profundo, pues modificará su personalidad y la imagen que tiene de sí mismo. La muerte de Alonso Quijano le ha causado una fuerte depresión y lo dejó desorientado, casi huérfano, por lo que espera encontrar en la lectura del *Quijote* una nueva identidad tras perder la que le dio don Quijote. La lectura será su autoanagnórisis: “No quiero ser más de lo que soy, pero tampoco menos de lo que podría ser. [...] Yo no soy todavía el que soy, pero muy pronto voy a serlo (252).” Aprende a leer de corrido en menos de dos semanas (268), alentado por la perspectiva de tener pronto en las manos el objeto y causa de su deseo: “Sólo esperaba que el bachiller le diera el libro. Para él aprender a leer no había sido nada mientras no leyera el libro para el que aprendió a leer (271).” Sancho no comprende qué valor pueden tener las ficciones: como buen alumno de su amo, piensa que sólo merecen ser leídas las tramas que antes fueron vividas por personas reales, y con la modestia que lo caracteriza, anhela encontrar escrita “nuestra misma historia, que sin don Quijote no tiene, al menos para mí, ningún interés (319).” Sus expectativas son muy altas, pero no teme ser desengañado por descubrirse en la lectura a sí mismo descrito y narrado por otro: “Nos miramos en un espejo, y con ser espejo, la mayor parte de las veces no quedamos a gusto de lo que vemos, y no por ellos lo rompemos (274).” Se siente incluso privilegiado porque se iniciará como lector con su propia biografía: “¿Y quién más afortunado que yo? Dígame una sola persona en el mundo, en estos tiempos o en los antiguos, que haya empezado la andadura de las letras leyendo la historia de su vida en un libro... Así, que todo ha de parecerme de perlas (323).” Sansón Carrasco tiene más reparos pues ya conoce el contenido de la primera parte y sabe que en varios episodios Sancho se verá representado de un modo ridiculizante y que se enterará de burlas y traiciones humillantes:

La decisión de Sancho de leer aquel libro, manifestada por el escudero desde el primer día en que se puso a tomar lecciones, entrañaba no pocos riesgos. ¿Qué pensaría aquel pobre, ingenuo, inexperto, desavisado gañán leyendo ese libro y viéndose motejado en él de sandio, tragaldabas, gumia, porro, interesado, taimado, simple, bobo o cerril? [...] ¿Cómo aceptaría que lo trataran de glotón, perezoso y dormilón? ¿Qué desengaños no iban a amargarle el resto de su vida cuando viera que sus amigos del pueblo, a sus espaldas, lo tenían a veces por el hombre más simple del mundo? [...] ¿Cuántas decepciones, cuántas desilusiones y cuán tristes le esperaban a Sancho en el desvelamiento de tantos pensamientos ocultos, solapados o maliciosos? (267-268)

Con diversos pretextos Sansón intenta impedir que Sancho lea el *Quijote*, pero finalmente cede a los ruegos y le presta la primera parte, en un ejemplar con anotaciones autógrafas de Alonso Quijano (quien, en contra de lo que dice Cervantes, no resistió a la tentación de leer el libro que lo hizo famoso). Sancho lo devora en dos semanas (331), de vez en cuando

suspendiendo la lectura, abrumado por los recuerdos que aquellas palabras despertaban en él o la memoria de otras gestas que el historiador moro no había considerado dignas de figurar allí y que para él habían sido si no más, sí, al menos, tan significativas como esas otras que allí figuraban. (331)

Trapiello señala aquí otra vía de explotación hipertextual del *Quijote*, las ampliaciones ‘laterales’, es decir, el desarrollo de episodios cervantinos o la añadidura de nuevas aventuras, supuestamente ocurridas entre las que se cuentan en el original, procedimiento que usa con parsimonia en sus continuaciones, p. ej. para elucidar zonas oscuras en la biografía de personajes secundarios. En cuanto a Sancho, empero, Trapiello se contenta con sugerir que éste podría contar una versión diferente, pero que no desmentiría al historiador arábigo, aunque no deja de sorprenderle su cuasi-omnisciencia:⁶ “lo que cuenta el señor Benengeli está tan atenido a la verdad y a los hechos

⁶ Es famoso el pasaje del capítulo 2 de la segunda parte del *Quijote* donde Sancho, al enterarse de que ya anda impreso en un libro y que allí se cuentan aventuras que los dos vivieron juntos, sin ningún testigo, se hace cruces “de espantado

reales que habría pensado que fue cosa de brujería cómo llegó a conocerlos, de no saber que el señor Cervantes es muy cristiano y no querría mezclarse con nada que oliera a nigromancia (333).” Su primera experiencia de lectura —de leer su propia vida— es sumamente satisfactoria para Sancho, quien no se molesta en absoluto al verse tildado de bobo y simple, porque “no se hallará luego nada, ni en mis palabras ni en mis actos, que no esté sustentado por el recto juicio y los sanos propósitos, y así he de decir que salgo favorecido demasadamente bien en ese retrato (333).” Y llega a la conclusión, o la moraleja, de que “es malo nacer siendo Sancho, pero que no es mejor nacer siendo don Quijote (332)” y que “no hay nadie que no sea al mismo tiempo lo suyo y lo contrario, loco y cuerdo, pobre y rico (332).” Su lectura es, pues, todo un homenaje a Cervantes pues Sancho confirma tanto la veracidad del relato como su utilidad didáctica.

Muy diferente resulta su reacción a la segunda parte del *Quijote*, que le traen los duques en una visita a la aldea y que lee en doce días (355), muy a su pesar: “Nunca debió haber leído aquel libro. Qué amargura sintió cuando lo acabó (Trapiello 2004, 356).” No por culpa de Benengeli o Cervantes, sino por las verdades dolorosas que le revelan, Sancho lee el libro “con un peso en el corazón” y “los ojos bañados en lágrimas (356),” pues la lectura destruye sus ilusiones al hacerle comprender que “todo lo de la gobernación de su ínsula había sido una afrentosa infamia (360).” Nunca se creyó Sancho tan cerca de la superación de sus limitaciones personales y su origen social que en la ínsula Barataria, en ningún episodio del *Quijote* alcanza mayor protagonismo y parece tan a punto de emanciparse de la dependencia respecto a don Quijote, y ninguna aventura solía recordar con tanta nostalgia; todo el embeleso se deshace al enterarse de que había sido una puesta en escena para reírse de su ingenuidad y torpeza:

¿Qué daños les habían hecho don Quijote o él, para que así los escarnecieran, para que se hubiesen burlado de ese modo de ellos? ¡Todo había sido engaño, todo un escarnio insufrible, todo trazas y añagazas indignas! ¡Y qué formidable fábrica la de aquella casa para destruir y partir como piedras los hermosos ideales! (356)

Publicado diez años después, *El final de Sancho Panza* continúa la historia de un Sancho profundamente cambiado⁷ que ahora ya no se lee, sino que se ha leído,⁸ de modo que los recuerdos de su vida siempre lo son también de su lectura, y cuando habla de sus aventuras con don Quijote le basta referirse al episodio literario para que los lectores, dentro⁹ y fuera de la ficción, identifiquen el capítulo y comprendan la alusión sin necesidad de más explicaciones. Trapiello retoma el relato

cómo las pudo saber el historiador que las escribió (Cervantes, 645)”, y Don Quijote sospecha “que debe ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir (645)”. En *Al morir don Quijote*, desgraciadamente, Trapiello no aprovecha la oportunidad de llevar más lejos el juego metaficcional de los personajes que vislumbran la existencia de su creador (o del narrador heterodiegético que cuenta su historia): hace viajar a Sansón y Sancho a Madrid con la intención de visitar a Cervantes, pero no llegan a entrevistarse con el escritor que los inventó, sino que se enteran de que ya ha muerto. Mientras que en *Niebla* Unamuno mató al personaje después de hablar con su autor, Trapiello deja morir al autor para evitar el encuentro paradójico.

⁷ “Nadie reconocía en aquel Sancho a aquel otro del libro, y sin embargo ninguno habría podido decir que no fuese el mismo, y quedaron todos admiradísimos de su desenvoltura y discreción, así como del modo frondoso que tenía de expresar sus razones (Trapiello 2014, 245).”

⁸ Sancho se precia de “haberse leído los dos volúmenes de la historia de don Quijote y, como quien dice, haber entrado en el secreto de los átomos (Trapiello 2014, 102).” Ser lector de sí mismo lo ha hecho más verdadero, mientras que su amo, por haber leído las aventuras de otros, se volvió más ficcional: “yo me he leído, y sé que lo que pude tener de simple, lelo y sandio, no lo tengo de malo, y aun diría que lo tengo de bueno y leal. Todo lo que tuvo mi amo de ficticio, lo tengo yo de verídico (21).”

⁹ Así, por ejemplo, le dice a Sansón Carrasco: “Recordará vuestra merced que en la primera parte de la historia de don Quijote, huyendo de la Santa Hermandad, después de que mi amo diera la libertad a los galeotes, nos adentramos en la Sierra Morena [...] (Trapiello 2014, 68).”

recordando a los lectores cómo cambió el personaje a causa del duelo y la lectura de los dos volúmenes del *Quijote*:

Luego murió don Quijote, y Sancho cambió, se tornó taciturno y melancólico, y gracias, las precisas. Aprendió a leer. De hecho aprendió a leer con el fin de leer su propia historia tal y como la contó Cide Hamete. Se dijo: “No sé quién soy”. Mal asunto. Quien se dice esto no suele estar demasiado conforme con lo que ha sido, y Sancho se dijo además: “Sin saber quién soy, no podré saber nunca quién quiero ser. Con ser Sancho no me basta. Rían otros con él, que a mí me quedan muchas veras”. Así es como empieza a roer el corazón humano la melancolía, y leer es lo más parecido a probar el fruto del árbol de la ciencia. ¡Melancólico Sancho, quijotizado Sancho! ¡El mundo al revés! Se hubiera dicho que don Quijote había muerto cuerdo para que Sancho pudiera enloquecer a su sabor. (Trapiello 2014, 10-11)

En vez de emigrar a las Indias, como le propone su nuevo amo (y como finalmente hará), Sansón Carrasco, Sancho preferiría viajar por España para contar “la verdadera historia de don Quijote y todo aquello que el historiador no dijo (21),” rentabilizando así su celebridad, o la de su personaje novelesco que sin duda ha despertado en muchos lectores la curiosidad por conocer al original: “¡y lo bien que podríamos vivir del quijotismo! (256).” No le falta habilidad y vocación de narrador: a quien quiere escucharlas le cuenta “las aventuras de don Quijote tal y como figuraban en los libros o adornadas con todo aquello que no venía en ellos y que el escudero recordaba puntualmente (105).” Pese a toda la admiración con que recuerda su lectura del *Quijote*, su actitud ante él es ambigua, ya que, por un lado, en el libro aparecen todos los personajes “tan a lo vivo que no hubiese sido menester ni vivir ni haber vivido para estar más vivo de lo que allí quedamos (89)” –con lo que el personaje ficticio, inconsciente de su ficcionalidad, parece dispuesto a admitir que lo que le dio vida fueron el talento y la inventiva de un escritor–, por otro lado discrepa de algunos pasajes que le conciernen personalmente: “no siempre me muestro de acuerdo con las cosas que se dice en el libro de Cervantes que hice o dije (202).” Predomina, sin embargo, la gratitud que le debe a Alonso Quijano por hacerle vivir la experiencia más importante de su vida y al autor del *Quijote* por revelarles cosas que valen más que todas las amargas decepciones que le depararon algunas páginas del libro de su vida:

Y he de confesaros que si alguna vez he sentido pesar por aquello que mis amigos decían de mí a mis espaldas, saliendo a al luz en las prensas, también he sabido otras cosas que de no haberlas leído en el libro, nunca las habría llegado a conocer, como cuando don Quijote, sin mí delante, les dijo a los duques que no cambiaría de escudero así le dieran de añadidura una ciudad. Y sólo con este viático llegaré yo al fin del mundo (243).

En sus dos novelas postquijotescas, Trapiello no sólo habla de los lectores del *Quijote*, sino que también aparecen todos sus autores, Cervantes, Benengeli y Avellaneda, y se proponen identificaciones, por cierto puramente ficticias, de estos dos últimos (e incluso hay, en *El final de Sancho Panza*, un pleito entre los ‘auténticos’ personajes cervantinos y los falsos Quijote y Sancho del “escritor fingido y tordesillesco” que, por cierto, terminan desenmascarados y escarmentados). Nunca se aclara, en cambio, quién redactará, en la ficción, los dos libros que contarán lo que les pasó a Sancho y compañía después de la muerte de Alonso Quijano, pero se mencionan reiteradas veces las veleidades literarias del bachiller Carrasco, de modo que el ex-escudero sospecha que éste quiere completar el *Quijote* con la historia de sus andanzas americanas: “Si no me importó leer mi historia de mano de un gran historiador verdadero como Cide Hamete, imagine lo que sentiré de uno sobrevenido, que me malicio podrá ser vuesa merced (Trapiello 2014, 22).” En una especie de *mise en abyme* vacua –se desdoblán el recipiente y el título, pero (todavía) no el contenido– encuentran entre las pertenencias del difunto Cervantes un libro titulado *El final de Sancho Panza*, pero que todavía está vacío:

Lo abrió el bachiller, y vio que todas sus páginas estaban en blanco, no así la última de las guardas, en la que había un rimero de cuentas, sumas y restas, con trazo de Cervantes, testimonio de las estrechas y acuciantes economías de su autor.

–Esto, Sancho –se chanceó el bachiller—, debe de significar que aún no han encontrado los historiadores nada en tu vida presente digno de mencionarse.

–O que es tirar la soga tras el caldero querer contar los hechos que no han acabado de suceder –replicó Sancho—. Y por ello doy gracias al cielo de que el libro de mi vida siga en blanco, como el de un niño, pues temí que viniera anunciado en él mi final verdadero. (Trapiello 2014, 291)

Dice Borges que la empresa de Pierre Menard, autor del *Quijote* en los años 30 del siglo XX, se inspiró en dos textos, uno que “esboza el tema de la *total identificación* con un autor determinado (446),” y otro que

es uno de esos libros parasitarios que sitúan a Cristo en el bulevar, a Hamlet en la Cannebière o a Don Quijote en Wall Street. Como todo hombre de buen gusto, Menard abominaba de esos carnavales inútiles, sólo aptos –decía— para ocasionar el plebeyo placer del anacronismo [...]. (446)

No es éste el lugar para diagnosticar el grado de cervantización del autor Trapiello –su reincidencia en continuar el *Quijote* y su traducción al español moderno de la obra maestra de Cervantes nos inclinan a sospecharlo contagiado de una forma particularmente virulenta de menardismo– ni de juzgar el anacronismo de sus dos novelas –su bastante lograda imitación del lenguaje del Siglo de Oro y sus procedimientos narrativos se sitúan en las antípodas de la innovación–, pero sí debemos constatar que cuenta un caso de total identificación de un lector ‘real’ con su doble ‘ficticio’ y que la lectura que hace Sancho del *Quijote*, vista desde nuestra experiencia lectora del siglo XXI, no sólo es anacrónica e ingenua, sino incluso anti-literaria, ya que nunca aprende a leer ficción ni presta atención a las calidades estéticas del texto, sino que sólo busca en la novela el reflejo verídico de la realidad, y una vez terminada la lectura de *su* libro, pierde el interés por la literatura.

Sancho Gaona, guía de don Alonso Quijano

En *Don Quijote en la España de la reina Letizia*, Amando de Miguel traslada a Alonso Quijano a la España contemporánea y lo usa como observador crítico que comenta los vicios, problemas y absurdos de la sociedad actual, unas veces con la cordura del visitante llegado de lejos y otras con la locura de su visión anacrónica, pues pretende que, al entrar en la agonía, el sabio Merlín le “concedió el privilegio de despertar algunos siglos después, aunque solo por un estricto plazo de cien días (Miguel, 9),” tiempo que habrá de ser suficiente para buscar aventuras y “luchar contra las tropelías y desafueros de todo tipo (11).” Aparecido misteriosamente en Toledo, sin documentación, visiblemente perturbado y hablando de una manera extraña, “como si fuera hispanoamericano o canario (8),” dijo vivir en Esquivias, por lo que fue entregado a las autoridades municipales, que lo toman por un indigente que sufre de un trastorno mental. Como pretende ser el hombre real cuya historia contó Cervantes, la alcaldesa pide al profesor de Lengua y Literatura del instituto local que lo hospede en su casa y lo acompañe unos días, a fin de comprender a qué se debe su anomalía y tal vez averiguar su identidad verdadera. La elección del anfitrión no resulta casual, ya que éste, aparte de ser un excelente conocedor de la obra y biografía de Cervantes, se enorgullece además de descender del “segundo héroe” del *Quijote*:

Pues le gustará saber que yo me llamo Sancho Gaona. Soy el último eslabón de la larga estirpe de los Gaonas, que habitaron siempre en Esquivias, procedentes de Navarra durante la Reconquista. La familia procuró

siempre que el primogénito llevara el nombre de Sancho. Como usted sabrá, en la historia de Cervantes, mi famoso antepasado aparece como Sancho Panza. Todo se debe al esmero que puso Cervantes en esconder algunos detalles de sus personajes. Ahora ya no importa reconocer que Sancho Panza fue realmente Sancho Gaona. (Miguel, 9-10)

En contra de los hábitos de su profesión, Sancho no admite el carácter ficticio de los personajes cervantinos y cree que el *Quijote* cuenta una “verdadera historia (96),” lo que lo predestina a hacer buenas migas con alguien que afirma ser en carne y hueso la persona que hace cuatro siglos sirvió de modelo para la creación de don Quijote. La genealogía sanchesca de Gaona, más que un hecho comprobado, es tal vez un capricho, una fantasía familiar¹⁰ que en su pueblo se tolera más por cortesía y convención social que por convicción, del mismo modo que hay gente dispuesta a reconocer el derecho del extraño indigente de creerse Alonso Quijano por el mero hecho de hablar como un español del Siglo de Oro, ser experto en todo lo relacionado con la época de Cervantes y parecerse a actores que hicieron el papel de don Quijote. Un amigo de Sancho lo explica así:

Ya he visto, Sanchico, que tu amigo es la viva representación de Fernando Fernán Gómez o de Fernando Rey en las series de la televisión. Esa es la imagen que tenemos todos los españoles de don Quijote, y no se hable más. También aseguraba tu padre que él era descendiente de Sancho Panza y todos lo aceptamos. (Miguel, 55)

Nada prueba la autenticidad de los dos, lo que no les impide actuar como Quijote y Sancho, aunque con importantes cambios respecto a la pareja de caballero y escudero, y ambos, pero sobre todo don Alonso,¹¹ corren el riesgo de ser considerados como impostores.¹² Lo que convierte al profesor Gaona en un personaje sanchesco no es, sin embargo, su pretendido linaje, sino la tarea que le confieren, aunque con intenciones diferentes, la alcaldesa de su pueblo (“acoger al buen hombre” y hacerse “cargo del viejo hasta ver en qué para la cosa (10)”) y el autodeclarado Alonso Quijano (“Te pido que me ayudes a entender esta edad (11)”). También aquí es el Quijote quien hace al Sancho. Por eso, ante los reproches de haber inventado a don Alonso, Sancho piensa: “más bien fue Alonso quien me había inventado a mí, a su trujamán (104).” Pronto se identifica tanto con su papel sanchesco que, al recordarle don Alonso que desaparecerá después de cien días, pone en tela de juicio el sentido de su existencia: “¿Será posible que pueda yo vivir sin ser el trujamán de don Quijote? (107).”

¹⁰ “En Esquivias todo el mundo sabía de mi linaje de los Gaona, por lo menos desde el siglo XVI. Yo había averiguado que podía extenderlo hasta los tiempos de la Reconquista. Los datos genealógicos podrían ser discutibles, dados los huecos que había encontrado en el registro parroquial. Pero la tradición familiar es un hecho. La identificación del primer Sancho Gaona a fines del siglo XVI es solo una hipótesis, a la espera de otra contraria con mayor evidencia. Con todo ello no se hace daño a nadie. Si luego alguien se pica, es que ajos come, como diría mi ilustre antecesor (Miguel, 105).”

¹¹ “Hubo quien propuso llevar directamente a don Alonso al cuartelillo de la Guardia Civil o bien internarlo en un hospital psiquiátrico (Miguel, 26).”

¹² Aunque al principio le tienta la idea de “aceptar la verdad poética de que don Quijote había venido del pasado (Miguel, 185),” Gaona nunca cree realmente en la transmigración maravillosa de Quijano, pero le intrigan su forma anticuada de hablar y sus conocimientos detallados sobre Cervantes: lo acompaña a la televisión y organiza un encuentro de cervantistas tanto para defender la dignidad del extravagante personaje como para poner a prueba su autenticidad (de la que el mismo don Quijote no está seguro: 222 y ss.). No obstante sus dudas, acompaña a don Alonso y lo protege de los ataques en los medios de comunicación y las plataformas sociales como *facebook*, y él mismo es blanco de críticas que, p. ej., lo tratan de “paranoico al proclamarse heredero y sucesor de Sancho Panza (Miguel, 104)” y lo acusan de haber aleccionado a un actor para que haga el papel de don Quijote a fin de “sacar apetitosas subvenciones del programa del IV Centenario de Cervantes (103).”

Mientras que Sancho Panza ocupaba una posición social y jerárquicamente inferior respecto a su amo, Sancho Gaona tiene muchas ventajas sobre don Alonso: el apoyo de las autoridades, el saber sobre el mundo, el control sobre el medio de transporte (su coche Bocinante), la posesión del dinero, etc. No es un iletrado, sino que instruye en leer y escribir a los jóvenes de Esquivias, y no es el destinatario subalterno de las enseñanzas paternalistas de don Quijote, sino que le sirve a éste de guía (11), intérprete (27) y protector (22) explicándole las innovaciones técnicas (v. gr. la televisión, los móviles, las escaleras mecánicas, los coches, etc.) y las nuevas costumbres (p. ej. los tatuajes, la moda, la política, la emancipación de las mujeres, etc.), traduciendo al lenguaje y la cosmovisión del personaje barroco los neologismos modernos y tratando de evitar que los medios de comunicación y la política abusen del ingenuo anciano o que éste se haga daño con comportamientos inapropiados – pues aunque en general se muestra afable y pacífico, a veces “resurge su carácter colérico, intolerante, irascible (184)”, que Teresa, la mujer de Sancho, llama “trastorno bipolar (184).” El mismo don Quijote reconoce la superioridad de Sancho –“yo solo soy un hidalgo de pueblo. Sancho sí es profesor de Literatura (64)”– y su dependencia respecto a él: “Te necesito, mas no como escudero, que tal profesión ya no se llevaba ni en el siglo XVII. Pero sí tendrás que ser mi trujamán en estos cien días que me concede el oculto destino (27).” La actitud de Sancho es a menudo la del educador ante el pupilo, objeto de un “experimento pedagógico (41),” y Teresa interpreta ciertas conductas del viejo como si se tratara de un hijo púber que tiende a

mostrar gustos opuestos a los de sus progenitores. Teresa me especificó que se trataba del síndrome psicoanalítico de “matar al padre.” Me opuse a una analogía tan cruel. Además, don Alonso no era hijo nuestro. “Como si lo fuera o fuese,” concluyó Teresa, maestra de subjuntivos. (40)

De hecho, el matrimonio se comporta como padres adoptivos: “Deseando un hijo como estábamos Teresa y yo, nos llegó inesperadamente uno ya criado. Mi mujer lo llamaba ‘el abuelo’, y con cariño lo adoptamos (181).” Poco a poco, como suelen hacerlo los adolescentes, don Alonso se independiza y se emancipa de esta inicial infantilización. En la medida en que crece la popularidad mediática del Quijote redivivo –casi nadie toma en serio la versión mágica de su inexplicable aparición en Toledo, pero a muchos les gustan sus comentarios mordaces sobre la España actual, mientras que para otros no es más que un farsante que les hace reír–, Sancho organiza su agenda de entrevistas y sus actividades en los medios sociales y cumple así también la función de “agente artístico, o algo parecido (133)”: empiezan a llamarlo “mánager de don Quijote (190),” palabra que le encanta a don Alonso, “nada más por proceder del latín (*manus* = mano), como «el que maneja» (195).”

Más aún, Sancho alcanza un privilegio que no tuvieron ni su ancestro ni el mismo don Quijote: el de narrador homodiegético de la novela. Si bien es cierto que, en la historia contada, “sólo aparecía como ‘cómplice’” mientras que “él [Alonso Quijano] ejercía como el protagonista de la trama (80),” la voz y la focalización pertenecen plenamente a Sancho, quien se eleva así al nivel del “primer autor” del Quijote (el *yo* que habla en los primeros ocho capítulos) y de Cide Hamete, con la diferencia de que éstos son exteriores a la historia que narran, mientras que Sancho Gaona actúa en ella como personaje.¹³ Esta aproximación al apócrifo historiador árabe concuerda con las especulaciones de don Alonso sobre quién informó a Cervantes de ciertos pormenores secretos:

¹³ No se trata de un narrador autodiegético, ya que no es el protagonista, sino de una variante del narrador-testigo (también llamado *alodiegético* por algunos discípulos de Genette, aunque no por éste mismo), es decir, que cuenta la historia de otro en la que él desempeña un papel menor.

Mucho me temo que el tal Benengeli fuera el mismo Sancho Panza, que le contó a Cervantes algunos detalles de nuestras desventuras. Lo de «Benengeli» suena a «hijo del Evangelio», es decir, «cristiano viejo». Sancho presumía de tal condición con toda justicia. Él veía las cosas como eran; yo, como debían ser o como me gustaría que fueran. Yo pecaba de altivo, él de socarrón. (Miguel, 32)

Hipótesis atrevida, pero muy del gusto del profesor Gaona,¹⁴ quien incluso dice poseer el testamento de su célebre antepasado donde “cuenta con detalle cómo le proporcionó a Cervantes la información complementaria para recrear las azarosas aventuras con don Quijote (67).” Y don Alonso, al imaginarse que vivió tales lances y percances sólo para que las escribiera Cervantes, le sugiere que en el futuro haga lo mismo con sus andanzas por la España de la reina Letizia (y del rey Felipe VI):

Mis aventuras y desventuras con tu pariente las hicimos para que luego las contara don Miguel. ¿No habrá sido también algo así la guerra de Troya o los viajes de Ulises? Sí se sabe que César y Hernán Cortés se hicieron acompañar de escribanos que iban tomando nota puntual de sus hazañas. Algo exagerarían. ¿Escribirás tú la crónica de estas aventuras nuestras? (Miguel, 60)

No recordamos a ningún Sancho con tanto poder e influencia sobre su Quijote. No obstante, va perdiendo su control sobre don Alonso cuando éste, tras dedicar sus primeras semanas en el siglo XXI a observar y discutir, pasa finalmente a la acción justiciera, concretamente a defender los derechos de los inmigrantes sin papeles en Madrid, donde además encuentra con su Dulcinea, la magrebí Leila, un amor en absoluto quimérico, sino correspondido, que acelera su proceso de alejamiento respecto a su tutor Sancho: “Necesitaba ejercer la autonomía para el proceso que había iniciado de recobrar su entera personalidad (160).” Pero los tiempos que corren no son favorables al idealismo quijotesco: don Alonso termina en la cárcel, donde un grupo de yihadistas amotinados lo toma como rehén cuando el director de la prisión, conociendo su buena relación con los presos musulmanes (pero también sospechándolo de complicidad con los terroristas), trata de utilizarlo como mediador. Al darse cuenta de su fatal error, las autoridades carcelarias recurren a Sancho Gaona como “única persona con ascendencia sobre don Quijote (249).” Fracasa, sin embargo, esta última tentativa de restablecer la tutela sobre el anciano y de salvarle así la vida: don Alonso muere brutalmente degollado ante las cámaras de vigilancia. Es el 30 de septiembre, la fecha en que vence el plazo fijado por el mago Merlín, y el cuerpo del Quijote, presuntamente teletransportado del siglo XVII al XXI, se esfuma de forma tan enigmática como apareció en Toledo cien días antes: ¿se cumplió la profecía o es pura coincidencia?

Don Quijote en la España de la reina Letizia pertenece al tipo de ficciones que usan la perspectiva del visitante venido de lejanas tierras (como lo hicieron, entre otros, Montesquieu en sus *Lettres persanes* y Cadalso en las *Cartas marruecas*) –aunque este Quijote se sienta más bien como una especie de extranjero en su propio país– o de una época diferente (p. ej. Mark Twain en *A Connecticut Yankee in King Arthur’s Court*) –pero en el caso de don Alonso el (dudoso) hecho de haber venido del pasado constituye una desventaja para el viajero en el tiempo–, utilizando a don Quijote como crítico cuerdo y loco a la vez, resucitándolo o desplazándolo a un entorno que le resulta ajeno. Se distingue de otras reescrituras quijotescas (como *Don Quijote de Manhattan (Testamento yankee)* (2016), de Marina Perezagua, que lleva al caballero y su escudero a Nueva York) ante todo en la figura de Sancho quien ocupa una posición de inusual autoridad (por lo que se le compara con un padre adoptivo, tutor, mánager, etc.) respecto a un Quijote débil y necesitado de ayuda, un Sancho que además tiene el privilegio de ser el enunciador de la narración de modo que,

¹⁴ “Lo más seguro es que don Miguel obtuviera de él [i.e. Sancho Panza] muchos detalles de sus viajes como escudero de don Quijote” (Miguel, 67).

aun perdiendo las riendas para dirigir los actos del personaje, mantiene el control hegemónico sobre el discurso que los cuenta.

Sancho Smile, hijo de Mister Quichotte

En diferentes ocasiones, el escritor indio Salman Rushdie ha declarado su admiración por Cervantes, por ejemplo, entre otras alusiones, llamando Benengeli al pueblo andalusí en que se desarrolla gran parte de *The Moor's Last Sigh*, novela sobre el último rey moro de Granada, en la que presenta la España árabe medieval como modelo de una sociedad multicultural: “Moorish Spain appears to have solved the problem that has figuratively and literally torn India apart in the twentieth century (Cantor 122).” Para Rushdie, Cervantes, por elegir a un árabe como autor ficticio del *Quijote*, funciona como eslabón en la cadena de transmisión entre la tradición narrativa oriental de *Las 1001 noches* y la novelística occidental moderna, como explicó en una entrevista con Akbar Ahmed: “Don Quixote clearly comes out of that tradition, clearly telling those sorts of stories, so after all an enormous amount of what would be the Western literature that I identify with derives from the Cervantes-like writing (Reder, 150).”

En su más reciente obra, *Quichotte*, Rushdie homenajea a Cervantes haciendo confluír lo oriental y lo occidental en la figura de Ismail Smile. Nacido en Bombay, Smile trabaja en Estados Unidos como viajante de comercio para la empresa farmacéutica de un primo suyo, implicado en un escándalo de opiáceos, y sufre un trastorno mental porque “on account of his love for mindless television, [he] had spent far too much of his life in the yellow light of tawdry motel rooms watching an excess of it, and had suffered a peculiar form of brain damage as a result (Rushdie, 3).” Su Dulcinea es Salma R, una exitosa moderadora de origen indio, a la que corteja –o acosa– en cartas de amor que firma con el pseudónimo Quichotte, tomado de la ópera *Don Quichotte* de Jules Massenet, “[o]nly loosely based on the great masterpiece of Cervantes (7),” lo que también define perfectamente la relación hipertextual entre el *Quichotte* poscolonial¹⁵ de Rushdie y el *Quijote* primigenio pues aparte de algunas analogías obvias, la trama apenas muestra paralelismos con las andanzas de los héroes cervantinos. Entre los pocos elementos tomados del hipotexto, pero que se desarrollan mucho más en la novela del indio¹⁶ y que reciben un tratamiento diferente, resulta particularmente original el personaje de Sancho, que un día ‘nace’ cual proyección de la imaginación de Smile, como producto de su insatisfecho deseo de paternidad: “[...] and the miracle occurred. The longed-for son, who looked to be about fifteen years old, materialized in the Cruze's passenger seat (19).”

Con la elección del alias Quichotte el protagonista se sitúa en una cadena genealógica hipertextual y, conscientemente y con cierta autoironía, se identifica no con un solo Quijote, sino con varios, aunque algo menos con el auténtico de Cervantes que con el de Massenet, tan postizo como él mismo. Con la materialización maravillosa de su hijo, predestinado a ser un personaje sanchesco, se completa la pareja arquetípica en una nueva variación que es, también, literalmente genealógica (Quijote-padre / Sancho-hijo) y genuinamente imaginaria, en consonancia con las

¹⁵ Poscolonial, p. ej., por tematizar las relaciones entre India y Estados Unidos, por denunciar el supremacismo blanco y la violencia racista en la era de Trump, pero también por poner las referencias culturales asiáticas en el mismo nivel que las occidentales, p. ej. recordando a los lectores que un restaurante londinense que se llama Sancho no necesariamente lo hace en honor al personaje cervantino, sino que, como ocurre en la novela, puede tratarse también de un homenaje al escritor y compositor británico Ignatius Sancho, “the extraordinary Negro”, “born on a slave ship in (approximately) 1729, a runaway slave who has been freed in England (234).”

¹⁶ Mientras que, por ejemplo, Dulcinea, pese al importante lugar que ocupa en las fantasías de don Quijote, desempeña un papel minúsculo y pasivo en la historia original de Cervantes, Salma R protagoniza capítulos enteros y sabe pronto de la existencia de un admirador anónimo –o tal vez un *stalker*– que firma sus cartas como Quichotte.

carencias y las referencias culturales (la ciencia ficción, los viajes en el tiempo, etc.) de Ismail Smile: “So perhaps he was a visitor from the future, the child of Quichotte's forthcoming marriage to the great lady, and had traveled back through time and space to answer his father's need for a son's companionship, and end his long solitude (19).” Es lógico que este hijo, avatar de los incontables deuteragonistas de las teleseries, películas, cómics, etc., que ha consumido Quichotte a lo largo de su vida, sólo pueda llamarse Sancho Smile:

“Sancho,” Quichotte cried, full of a happiness he didn't know how to express. “My silly little Sancho, my big tall Sancho, my son, my sidekick, my squire! Hutch to my Starsky, Spock to my Kirk, Scully to my Mulder, BJ to my Hawkeye, Robin to my Batman. Peele to my Key, Stimp to my Ren, Niles to my Frazier, Arya to my Hound! Peggy to my Don, Jesse to my Walter, Tubbs to my Crockett, I love you! O my warrior Sancho sent by Perseus to help me slay my Medusas and win my Salma's heart, here you are at last.” (19)

Decir que Sancho es una *proyección* de Quichotte no es una mera metáfora ni un estereotipo psicológico, sino un término que usamos en el sentido técnico de la palabra, pues primero aparece en blanco y negro, como si fuera un personaje cinematográfico en una pantalla –“The magic child manifested himself in black-and-white, his natural colors desaturated in the manner that has become fashionable in much modern cinema (17)”– y en la fase inicial de su convivencia sólo lo puede ver su padre, lo que constata el mismo Sancho en uno de los capítulos que narra en monólogo interior:

I don't seem to be visible right now to anyone except *him*. My “father.” Only he sees me. I know I'm not perceived, because when we go into the Subway in Moorcroft, Wyoming, where I was born, and he asks me if I want something, a soda, a sandwich, people look at him. That look people use on crazy people. Like he's talking to himself, and I want to yell out, *See me. I'm standing right here*. But to other people I'm apparently impossible to sense. I'm what's the word. Imperceptible (82, cursivas del original).

No sólo su existencia, sino incluso su (auto-)imagen, descrita en términos televisivos, dependen de Quichotte: cuando se aleja un poco de él se siente como fuera de lugar, “[o]ut of range. Like the signal drops, or it threatens to drop (83),” y se percibe a sí mismo, en una autoscopia siniestra, “like a bad TV picture. Like, wobbly. It's scary. I have to go back to wherever he is to regain full definition (83).” Poco a poco, Sancho se visibiliza y materializa también para el resto de la humanidad, primero como imagen momentánea que en seguida se desvanece (96), pero finalmente se estabiliza “in high definition, full color, and wide-screen aspect ratio (103),” segundo milagro hecho posible por la intervención de Grillo Parlante, personaje tomado prestado de Collodi, que se presenta a Sancho como “a projection of your brain, just in the way you started out as a projection of his (101)” y le concede una *ínsula*, ubicada en su cerebro, es decir,

the Island of the Real. It is the part of the corteccia cerebrale that gets involved in most of what is to be a human person. [...] From the insula comes consciousness, emotion, perception, self-awareness, and being able to connect to other people. (102)

Si en el *Quijote* original la máxima aspiración del plebeyo era el poder terrenal, para el ente imaginario ideado por Quichotte no hay nada más deseable que poseer su propia conciencia (su *ínsula* interior) y visibilidad, independientes del pensamiento de “Daddy Q”, como llama a su progenitor. Lo próximo que necesitará, le explica a éste, serán una cuenta bancaria, una tarjeta de crédito, un permiso de conducir (147), ropa, un trabajo, su propia vivienda, etc., pues “I can't live with you forever (104).” El dilema de este Sancho hijo, a lo largo de toda la novela, será la tensión entre su deseo de autonomía y realidad, por un lado, y su apego involuntario a Quichotte, por otro. O

en otras palabras: “So the first question of Sancho [...] is, can he become a human being before it is too late? (342).” “The second question is, who is Sancho without Quichotte? (342).”

Al contrario del original cervantino, que "es un autobiógrafo interesado desde la primera hasta la última página" (Ramírez Santacruz, 88), el Sancho de Rushdie carece totalmente de infancia ya que no existió antes de su materialización como adolescente quinceañero que no sólo se parece mucho a las fotos infantiles y juveniles de Quichotte (18) —semejanza que sería explicable por el parentesco genético si fuera realmente su hijo biológico—, sino que comparte buena parte de los recuerdos del que lo engendró con su imaginación. Más aún, su proceso de autoconocimiento empieza por explorar la memoria de Quichotte —“if I look I can see his memories as if they were mine (83)”—, familiarizándose con sus referentes televisivos y cinematográficos —“I know them all as if I watched them myself (83)”—, pero se encuentra pronto con zonas de la mente quijotesca a las que no tiene acceso (91). Sancho se siente como un clon de su padre narcicista (92), como un Pinocho (92), un fantasma (“but he was a ghost who saw clearly, without illusions (101)”), y Quichotte le recuerda el poder que tiene sobre él: “I brought you into existence by the power of my wishing and the kindness of the stars, and if I grow weary of you, I can make you vanish as well (95).” Ahora bien, el viejo ingenioso sobreestima su control sobre su criatura y también sus méritos de creador. Sancho siente desde el comienzo de su existencia la ominosa presencia de alguien más:

I get the weirdest sense that *there's someone else in here* [...], as if there's somebody under slash behind slash above the old man. Somebody —yes— making him the way he made me. Somebody putting his life, his thoughts, his feelings, his memories into the old man the way the old man put that stuff inside me. (84, cursivas del original)

Consciente de ser un ente imaginario, Sancho posee una rara sensibilidad metaficcional que le hace vislumbrar a un creador, “the person *behind the story* (84, cursivas del original)”, un Dios demiurgo al que debe la vida, intuición de mucho mayor alcance que el espanto de Sancho y don Quijote al descubrir la omnisciencia de Cide Hamete Benengeli: en otro nivel de realidad, que alterna desde el capítulo 2 con las historias de Quichotte y Salma, Rushdie desarrolla una verdadera metaficción de la escritura donde un autor de novelas de espías, llamado “Brother”, inventa la figura ficticia de Quichotte como espejo satírico de sí mismo (p. ej. de su relación conflictiva con su hijo) y de la sociedad estadounidense en la que vive, proyecto novelesco que concibe como última oportunidad de superar su mediocridad literaria: “the writing of *Quichotte* would be his belated, end-of-life attempt to cross the frontier separating low culture from high (33).”

Sancho se cree más lúcido, más racional que su padre: “There were moments when Quichotte seemed to be living in a dream, oblivious to his surroundings. Sancho, for all his fictionality, at such times felt like he was the real person and Quichotte the figment (142).” Pero su proceso de emancipación trae consigo incertidumbres existenciales y percepciones inquietantes (“he began to realize that he was seeing things that other people couldn't see (207)”), como si su humanización progresiva implicara una quijotización de su mente, y en sus pesadillas se ve a sí mismo “flickering like a faulty image on TV, then disintegrating and vanishing (208),” alucinaciones y visiones oníricas que también podrían ser secuelas de la brutal agresión que sufrió por parte de un grupo de blancos racistas que desaprobaban su aspecto oriental (que desde el 11-S delata al terrorista potencial). O quizás sean premoniciones del desenlace apocalíptico de la novela: cuando el mundo entero caiga en pedazos, Sancho, que se habrá separado definitivamente de Daddy Q, ya no existirá, pues ya se habrá disuelto en la nada porque tras comprender cuál es la respuesta a la pregunta central de su existencia —“*Who is Sancho without Quijote?* The answer appeared to be, nobody. A fiction that could not endure (353, cursivas del original)”—, su imagen y su cuerpo

empiezan a deshacerse (“He went from high definition to early analog (353);” “his body popped and broke and became pixelated (353)”), y cuando la muchacha que lo apasiona abre la puerta a la que Sancho acaba de tocar con la esperanza de que el amor lo redima y lo haga real, constata sorprendida: “«there's nobody. Someone definitely knocked but there's nobody here now.»/ And then there were nobody there (354).”

Conclusión

Sancho huérfano (Trapiello), Sancho padre adoptivo (Miguel), Sancho hijo (Rushdie), nuestros tres Sanchos del siglo XXI se definen como tales por su parentesco (aunque sólo sea simbólico) con un don Quijote, real pero muerto en las dos novelas de Trapiello, vivo pero de dudosa autenticidad en *Don Quijote en la España de la reina Letizia* y postizo y autodenominado en *Quichotte*. Mientras que los dos españoles optaron uno por la continuación anacrónica respecto al presente del autor y los lectores (el Sancho de Trapiello, aunque escrito en el siglo XXI, vive en la época de Cervantes) y otro por la transposición temporal que convierte en anacronismo a don Quijote (en la novela de Amando de Miguel, Sancho es nuestro contemporáneo), Rushdie logró crear una ficción congenial, sólo vagamente basada en el modelo cervantino, pero tan impregnada de la cultura –de masas y de élites– de hoy como lo fue el *Quijote* de los géneros populares y cultos de su tiempo, y con un final acorde a los miedos apocalípticos posmodernos.

Obras citadas

- Borges, Jorge Luis. "Pierre Menard, autor del *Quijote*." En *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 2002, vol. 1. 444-450.
- Cantor, Paul A. "Tales of the Alhambra: Rushdie's Use of Spanish History in *The Moor's Last Sigh*." En Harold Bloom ed. *Salman Rushdie*. Philadelphia: Chelsea House Publishers, 2003. 121-143.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Crítica, 1998.
- Delgado, Jacinto María. *Adiciones a la historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha en que se prosiguen los sucesos ocurridos a su escudero el famoso Sancho Panza*. Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1905 [1ª ed. 1786].
- Fernández de Avellaneda, Alonso. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*. Ed. Fernando García Salinero. Madrid: Castalia, 2005.
- Flores, Robert M. *Sancho Panza through 375 Years of Continuations, Imitations and Criticism*. Newark: Juan de la Cuesta, 1982.
- Fuentes Chaves, Mar. "El sueño americano de Sansón Carrasco según Andrés Trapiello." *Itinerarios* 26 (2017): 117-130.
- Gatell, Pedro. *Historia del más famoso escudero Sancho Panza, desde la gloriosa muerte de D. Quijote de la Mancha hasta el último día y postrera hora de su vida. Parte primera*. Madrid: Imprenta Real, 1793.
- Genette, Gérard. *Palimpsestes. La littérature au second degré*. Paris: Seuil, 1982.
- López Navia, Santiago. "Para una comprensión general de las recreaciones narrativas del *Quijote* en la literatura hispánica: actitudes y constantes." En Carlos Mata Induráin ed. *Recreaciones quijotescas y cervantinas en la narrativa*. Pamplona: Eunsa, 2013. 9-28.
- . "Cide Hamete Benengeli y la conciencia de la historia en *Al morir don Quijote* de Andrés Trapiello". *Monteagudo* 3.a época, 20 (2015): 55-72.
- Mancing, Howard. "Jacinto María Delgado and Cide Hamete Benengeli: A Semi-Classic Recovered and a Bibliographical Labyrinth Explored." *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America* 7:1 (Spring 1987): 13-43.
- Miguel, Amando de. *Don Quijote en la España de la reina Letizia*. Barcelona: Stella Maris, 2016.
- Ramírez Santacruz, Francisco. "“El verdadero Sancho soy yo’: Cervantes en el espejo.” En Antonio Cortijo Ocaña, Gustavo Illades Aguiar & Francisco Ramírez Santacruz eds. *El “Quijote” de 1615. Dobleces, inversiones, paradojas, desbordamientos e imposibles*. Santa Barbara: University of California, Publications of *eHumanista*, 2016. 87-97.
- Reder, Michael R. ed. *Conversations with Salman Rushdie*. Jackson: University Press of Mississippi, 2000.
- Rushdie, Salman. *Quichotte*. New York: Random House, 2019.
- Sánchez Dueñas, Blas. "Andrés Trapiello, el *Quijote* y las vidas después de la muerte de Alonso Quijano." *Lectura y signo* 7 (2012): 301-323.
- Toledano Molina, Juana. "Una novela cervantina del siglo XVIII: La *Historia del más famoso escudero Sancho Panza, después de la muerte de don Quijote de la Mancha*". En *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Barcelona: Anthropos, 1990, 227-232.
- . "Otra secuela cervantina del siglo XVIII: Adiciones a la historia del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, continuación de la vida de Sancho Panza." En *Actas del III Coloquio*

Internacional de la Asociación de Cervantistas. Madrid/ Barcelona: Ministerio de Asuntos Exteriores/ Anthropos, 1993. 131-137.

Trapiello, Andrés. *Al morir don Quijote*. Barcelona: Destino, 2004.

---. *El final de Sancho Panza y otras suertes*. Barcelona: Destino, 2014.